

# NEW LEFT REVIEW 138

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2023

## ARTÍCULOS

|                                 |   |    |
|---------------------------------|---|----|
| DYLAN RILEY &<br>ROBERT BRENNER | Siete tesis sobre la política<br>estadounidense | 7  |
| VOLODYMYR ISHCHENKO             | ¿Voces ucranianas?                              | 33 |
| CÉDRIC DURAND                   | El fin de la hegemonía financiera               | 45 |
| PHILIP CUNLIFFE                 | Los significados del Brexit                     | 65 |
| CHRISTOPHER BICKERTON           | Pensando como un<br>Estado-miembro              | 75 |
| THOMAS MEANEY                   | Las fortunas del <i>Green New Deal</i>          | 89 |

## ENTREVISTA

|                           |                                   |     |
|---------------------------|-----------------------------------|-----|
| TARIQ ALI & ERNEST MANDEL | En el centenario de Ernest Mandel | 117 |
|---------------------------|-----------------------------------|-----|

## ARTÍCULOS

|   |                           |     |
|---|---------------------------|-----|
| CAITLÍN DOHERTY                         | Entre el ego y la libido  | 125 |
| EKAITZ CANCELA &<br>PEDRO M. REY-ARAÚJO | El experimento de Podemos | 141 |

## CRÍTICA

|                   |                                 |     |
|-------------------|---------------------------------|-----|
| SUSAN WATKINS     | ¿El imperio de los hechos?      | 167 |
| MICHAEL CRAMER    | Viento del Este                 | 179 |
| HARRIET FRIEDMANN | Los futuros de la agroganadería | 189 |

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)



SUSCRÍBETE

**ts**  
traficantes de sueños



## LOS SIGNIFICADOS DEL BREXIT

**T**RAS EL REFERÉNDUM de 2016 parecía que el Brexit podría ser parte de una serie de detonaciones populistas en toda la Unión Europea. El voto británico a favor de la salida siguió al «¡No!» griego en el plebiscito sobre el rescate de 2015, mientras una serie de políticos insurgentes planteaban la posibilidad de salir de la Eurozona o de la propia UE. En Francia, Marine Le Pen unió la causa del Brexit a la suya propia y abogó por la vuelta al franco durante su campaña presidencial de 2017. Su rival en la izquierda, Jean-Luc Mélenchon, se mostró muy crítico con el neoliberal Tratado de Lisboa y ofreció plebiscitos sobre la pertenencia a la UE como parte de su programa. En Italia, Matteo Salvini arremetió contra la Eurozona, mientras que en Escandinavia, los Demócratas Suecos, un partido populista de derecha, plantearon la posibilidad de un «Swexit». Por un breve instante, pareció que la UE iba a ser desmantelada por una serie de revueltas en las urnas, una nueva primavera de los pueblos.

Por supuesto, todo ello nunca ocurrió. Incluso en Gran Bretaña, pronto quedó claro que el referéndum por sí solo sería insuficiente para garantizar la salida del bloque. El voto del Brexit puso en marcha una serie de desgarradoras transformaciones políticas, constitucionales y sociales, desde la introducción de barreras comerciales en el mar de Irlanda hasta diversos realineamientos de partidos y cambios en los patrones migratorios. Hicieron falta tres elecciones más de ámbito nacional –dos elecciones generales al Parlamento de Westminster celebradas en 2017 y 2019 más las elecciones al Parlamento Europeo de 2019, ganadas por el partido del Brexit– para asegurar el resultado final. En el continente, casi todos los retadores populistas de la UE han retrocedido, cuando no se han rendido.

Le Pen ha abandonado todo coqueteo con el «Frexit», el partido polaco Ley y Justicia ha disipado cualquier atisbo de «Polexit» y Viktor Orbán habla ahora de capturar el bloque comunitario mediante la cooperación entre partidos nacionalpopulistas, animando a los Estados centroeuropeos a esperar hasta que se conviertan en contribuyentes netos al presupuesto de la UE y adquieran la capacidad colectiva de marcar su rumbo. Más recientemente, Fratelli d'Italia, el partido dirigido por Giorgia Meloni, ha pregonado a los cuatro vientos su lealtad tanto a la UE como a la OTAN. Sea cual fuere el desafío que los populistas pudieran haber planteado a la UE, la tecnocracia los ha neutralizado completamente.

En Gran Bretaña, el resultado fue igualmente revelador. En diciembre de 2019, Johnson obtuvo la más importante mayoría parlamentaria *tory* desde Thatcher, tras prometer que «llevaría a cabo el Brexit» [«*Get Brexit Done*»], un slogan que atrajo no solo a todos aquellos que se sentían molestos por los llamamientos de los partidarios de la permanencia en la Unión Europea en pro de un segundo referéndum, sino también a quienes llevaban tiempo hartos de las disputas sobre Europa. La promesa de Johnson era pasar del Brexit a una Gran Bretaña global. Sin embargo, este era en sí mismo un proyecto de contención democrática, que ofrecía una clara señal del gobierno de Johnson a los mercados internacionales, así como a Bruselas y Washington, de que el compromiso de Gran Bretaña con la globalización neoliberal prevalecería sobre sus promesas a los votantes. Johnson hace tiempo que se fue, pero la Gran Bretaña global permanece, como un modelo económico basado en la importación de mano de obra –de América Latina y el sudeste asiático, así como del antiguo imperio– y todavía cautivo del capital financiero global, como demuestra la incongruencia de la frustrada estancia de Liz Truss en Downing Street.

¿Cómo debemos concebir entonces el problema de la soberanía democrática en Europa (entendida como un subcontinente multinacional que se extiende «desde el Atlántico hasta los Urales») a la luz del Brexit? ¿Qué lecciones pueden extraerse si queremos recombinar la soberanía nacional con la política de masas? Teniendo en cuenta todo lo que ha sucedido desde la salida definitiva del Reino Unido de la Unión Europea en enero de 2020 –la pandemia, la crisis energética, el aumento de la inflación, la guerra en Europa–, las controversias sobre las distintas variantes del Brexit pueden parecer cosa del pasado. Sin embargo, a pesar de la aparente contención del Brexit y de la resiliencia de la UE, la

agitación del periodo 2016-2019 es indicativa de una fragilidad política que requiere ser explicada. En las páginas siguientes, exploraré el paradigma que ofrece la condición de Estado-miembro, poniendo a prueba su utilidad a la hora de comprender lo ocurrido durante el proceso del Brexit para, a continuación, desgranar sus implicaciones para una política de soberanía democrática en la década de 2020.

### *Teorizar la condición de Estado-miembro*

El desarrollo del concepto de Estado-miembro se inspiró en gran medida en la problematización de la relación existente entre las naciones y las instituciones supranacionales efectuada por Alan Milward, así como en la conceptualización de Peter Mair sobre el debilitamiento de la representación democrática. Pero el avance decisivo fue efectuado por James Heartfield, que observó cómo el poder de la UE se fortalecía en proporción a la decadencia de la democracia en los respectivos países miembros, y cómo la legitimidad política en su seno procedía del supranacionalismo de las elites y no de la representación democrática<sup>1</sup>.

Estas ideas fueron desarrolladas posteriormente por Christopher Bickerton, quien demostró que el declive de las esferas públicas registrado en toda Europa no indicaba simplemente una ausencia de representación, sino una transformación sustancial y de gran alcance en la estructura y el funcionamiento de los Estados europeos: el paso «de los Estados-nación a los Estados-miembro»<sup>2</sup>. La tesis central de la teoría de los Estados-miembro era que la adhesión a la UE implicaba mucho más que la unión a un exclusivo club internacional, porque traía aparejada la reestructuración interna del propio Estado, de sus instituciones y de sus procesos de toma de decisiones, de sus relaciones con los ciudadanos, del carácter de su autoridad y de su legitimidad, así como de su realineamiento exterior. En resumen, la UE no era una estructura exógena atornillada a los Estados nacionales, sino por el contrario la forma externa de cambios internos verificados en los propios Estados.

---

<sup>1</sup> James Heartfield, «European Union: A Process Without a Subject», en Christopher Bickerton, Philip Cunliffe y Alexander Gourevitch (eds.), *Politics without Sovereignty: A Critique of International Relations*, Londres, 2007. Véase también Peter Mair, *Ruling the Void: The Hollowing of Western Democracy*, Londres y Nueva York, 2013; Alan Milward, *The European Rescue of the Nation-State*, 2ª ed., Londres, 2000.

<sup>2</sup> Christopher Bickerton, *European Integration: From Nation-States to Member States*, Oxford, 2012. Véase también en este número, Christopher Bickerton, «Pensando como un Estado-miembro», *NLR* 138, enero-febrero de 2023.

La fuerza motriz de estos cambios fue la atrofia de las relaciones de la representación política y de la rendición de cuentas entre gobernantes y gobernados, que habían caracterizado al Estado-nación de posguerra.

Un efecto elegante de esta teoría fue el modo en que rompió con la estrecha dicotomía que impedía en todo caso que los analistas de la UE, ya fueran partidarios o escépticos, se pusieran de acuerdo sobre si dicha organización era una entidad supranacional en vías de convertirse en un super Estado federal, o se trataba simplemente de una muleta institucional para los intereses nacionales o, por decirlo en términos más genéricos, si se trataba de los Estados Unidos de Europa o de un nuevo Imperio alemán. La noción de Estado-miembro sugería que la UE no sería ni lo uno ni lo otro. Forjar una unión o un super Estado de pleno derecho solo reproduciría el mismo problema que los Estados-miembro están diseñados para eludir: la rendición formal de cuentas implícita en la soberanía nacional. Pero si son incapaces de reproducir la soberanía a un nivel federal-estatal paneuropeo, los Estados-miembro también han perdido la capacidad de hacerla valer como naciones. Otra consecuencia de la teoría de los Estados-miembro fue que la aparición del intergubernamentalismo y sus apéndices supranacionales no se presentaba como un avance, sino más bien como un retroceso histórico con respecto de la política de masas del Estado-nación de posguerra, a medida que las demandas populares de la década de 1970 empezaron a desbordar los límites de lo que este podía ofrecer.

Paradójicamente, la parábola del Brexit ha demostrado hasta qué punto el Reino Unido se ha convertido en un Estado-miembro. Sus instituciones públicas y el núcleo de sus agencias estatales se sintieron desnudas ante la idea de verse desvinculadas de la red de las euroinstituciones y de la toma de decisiones de Bruselas. Más aún, quedó claro que la UE, tan poco querida y admirada en Gran Bretaña antes del referéndum, estaba profundamente arraigada en la mentalidad de amplios sectores de la clase media y de la elite profesional, lo cual se hizo especialmente evidente en las universidades, donde académicos que hasta entonces habían hablado largo y tendido sobre las instituciones escleróticas y el déficit democrático de la UE pasaron, casi de la noche a la mañana, a considerarla la cima de la civilización y a denunciar cualquier atisbo de euroscepticismo como prueba de racismo, cuando no de algo peor.

El hecho de que el proceso de salida de la UE implicara una ruptura interna tan desgarradora, una pugna ideológica y una amargura duradera –que en el punto álgido de la crisis parlamentaria a principios de 2019 mostró signos de adquirir las características de un conflicto civil– demostró, como sugeriría la teoría, que la condición de Estado-miembro no es tanto una cuestión de política exterior o de diplomacia como un asunto interno, doméstico, que afecta a la naturaleza de la legitimidad y la autoridad políticas, así como a la relación existente entre el Estado y los ciudadanos. La batalla principal en torno al Brexit no tuvo lugar al hilo de las negociaciones con Bruselas, sino en el seno del Reino Unido propiamente dicho. El planteamiento del Estado-miembro también ayuda a explicar por qué la victoria en el referéndum y la salida formal de la UE nunca fueron suficientes para cumplir lo que el Brexit había prometido, es decir, otorgar a la gente un mayor control sobre las condiciones de su vida colectiva. Salir de la UE era la condición necesaria para abordar la situación interna del Estado, pero en sí misma no contribuye en absoluto a frenar la decadencia democrática que condujo a la condición de Estado-miembro en primer lugar.

### *Gran Bretaña después del Brexit*

¿Qué significa esto para Gran Bretaña, ya fuera de la UE? En el ámbito interno, el resultado es que, a pesar de todo el esfuerzo que ha sido necesario para garantizar la retirada formal del Tribunal de Justicia Europeo, la Unión Aduanera y el Mercado Único, la dimensión de Estado-miembro de Gran Bretaña sigue prácticamente intacta, lo cual no se debe únicamente a que la mitad de la población siga anhelando volver a formar parte de la Unión Europea, sino de modo más decisivo al hecho de que las estructuras institucionales del Estado, su funcionamiento y sus perspectivas siguen siendo las de un Estado-miembro. El Reino Unido sigue gobernado por partidos cartelizados y organismos tecnocráticos, incluido el Banco de Inglaterra, así como por una segunda cámara no elegida, que ahora tiene una composición más tecnopopulista que aristocrática. Sigue teniendo las regiones descentralizadas características de un Estado-miembro de la UE y la misma maraña de estructuras para eludir la rendición de cuentas democrática, junto a una economía política cuyo único mecanismo de crecimiento es la importación de mano de obra barata.

Que Gran Bretaña sigue siendo un Estado-miembro es un hecho evidente también a la luz de las principales políticas desplegadas desde el Brexit. A pesar de haberse liberado formalmente de la UE, durante el primer año de la pandemia Gran Bretaña optó por las mismas políticas draconianas de confinamiento que Italia –el Estado-miembro por excelencia– había copiado de China. Del mismo modo, el hecho de que Johnson prefiriera hacer otro viaje a Kiev en junio de 2022 en lugar de asistir a una reunión programada de su partido en Doncaster –donde se encuentra una de las circunscripciones clave del llamado «muro rojo» arrebatadas a los laboristas en 2019– demostró que la orientación instintiva de nuestras elites políticas sigue siendo hacia el exterior, no hacia el interior. La tecnocracia sigue sustituyendo a la democracia. Ya no puede plantearse ninguna solución pivotada en torno a la reclamación de soberanía nacional a Bruselas; ahora solo puede tratarse de establecer las condiciones para la democracia de masas y la soberanía popular en el siglo XXI. La soberanía nacional no es una garantía de democracia, pero la democracia sin soberanía no tiene sentido. La democracia necesita soberanía, porque los ciudadanos necesitan saber que las decisiones colectivas serán promulgadas; que será posible observar la voluntad pública en acción, medir sus resultados y sopesar sus logros.

Desde un punto de vista externo, resulta evidente que salir de la condición de Estado-miembro requiere un nuevo conjunto de relaciones exteriores. No se trata solo de una cuestión de política práctica, como se afirma convencionalmente, esto es, que Gran Bretaña tiene intereses divergentes de Bruselas, mientras que a la UE le interesa castigar al Reino Unido y contener el Brexit. De la lógica de la condición de Estado-miembro también se deriva un proceso por el que las elites gobernantes sustituyen la autoridad y la representación nacionales por la coordinación y la legitimidad internacionales. Si queremos fortalecer los vínculos de representación política nacional, entonces debemos reestructurar esas redes internacionales e invertir sus flujos, de modo que en lugar de actuar como canales para imponer decisiones intergubernamentales a los votantes, se conviertan en herramientas para transmitir las demandas de los votantes a poderes ejecutivos capaces de rendir cuentas. En resumen, la lógica de la soberanía democrática implica un orden europeo transformado, que requiere, nada más y nada menos, un nuevo internacionalismo cimentado no solo en instituciones concretas, sino también en una visión política distinta, que afirme que la soberanía nacional constituye el único fundamento sensato tanto de las

relaciones recíprocas e igualitarias entre Estados, como de la posibilidad de reivindicar la solidaridad internacional, actualmente monopolizada por el globalismo neoliberal.

Los actuales Estados-miembro de la UE se verán sometidos a una mayor presión en la década de 2020 a medida que aumenten los costes de la crisis energética y que los tipos de interés y la inflación mermen su nivel de vida. Necesitarán, por lo tanto, una mayor legitimidad para responder a estos retos. Sin embargo, es precisamente legitimidad popular lo que los Estados-miembro luchan vanamente por conseguir, ya que su autoridad deriva de arriba, no de abajo. En estas circunstancias la confrontación entre las demandas populares y la condición de Estado-miembro resulta inevitable. Ofrece la oportunidad de que el pueblo reclame la soberanía popular, pero solo si también se agarra el toro por los cuernos con respecto de la cuestión de la soberanía nacional.

### *Los caminos hacia la soberanía democrática*

¿Qué lecciones pueden extraerse de la experiencia del Brexit para un proyecto político que se proponga alcanzar la soberanía democrática? En primer lugar, la necesidad de vincular la soberanía a la aspiración de un mayor control popular, como logró ingeniosamente el eslogan de Cummings para la campaña en pro del abandono de la Unión Europea: «Take back control». A pesar de toda la histeria sobre el racismo, la nostalgia imperial y la xenofobia que supuestamente impulsaron el voto a favor del Brexit, fue esta aspiración de control la que finalmente se impuso. Los votantes intuyeron en el meollo de la opción de permanecer o abandonar la Unión Europea que este era, de hecho, el nombre de muchos de los problemas políticos a los que se enfrentaban. Lo que el eslogan demostró, probablemente más allá de la intención de sus autores, es que todos los descontentos populares, las neuralgias públicas, las frustraciones y los viejos agravios tienen que estar conectados con una política de control, es decir, con una exigencia de soberanía popular, la demanda de que exista un único centro de poder secular supremo al alcance de un territorio y de una población determinados y con autoridad sobre ellos.

El hecho de que tales reivindicaciones puedan seguir planteándose desde el interior de un Estado-miembro es importante. Una de las principales contradicciones del Estado-miembro, que ofrece una oportunidad



política a sus adversarios democráticos, es que tiene un ámbito doméstico. A fin de cuentas, los Estados-miembro siguen estando formalmente separados y son jurídicamente distintos de las redes internacionales en las que operan. Del mismo modo que el neoliberalismo necesita un gran volumen de activos públicos heredados del Estado del bienestar de la posguerra para privatizarlos y despojarlos de valor, el Estado-miembro también necesita del armazón de las instituciones nacionales, ya que estas proporcionan la base jurídica sobre la que las elites gobernantes entran en las estructuras supranacionales. Esta dimensión interior ofrece el terreno en el que se pueden plantear desafíos políticos y electorales, tanto contra las elites nacionales como contra Bruselas.

Sobre este último punto: como hemos visto, una asociación de Estados-miembro no puede transformarse en una unidad federada, ya que esto solo reintroduciría el problema de la rendición de cuentas a una mayor escala. Esta incapacidad para formar una entidad soberana superior –el super Estado federal de las pesadillas de los euroescépticos– condena aún más a la UE. Si fuera realmente capaz de sustituir a los antiguos Estados-nación de Europa por una soberanía superior –un *demos* más grande, más rico, más universal y más legítimo–, la «unión cada vez más estrecha» sería una perspectiva digna de consideración, pero esto es algo que una UE constituida por Estado-miembro no puede hacer por definición. Este fracaso corona otras muchas deficiencias de la Unión, porque de hecho socava la justificación de todos los costes y sacrificios que exige la pertenencia a la misma. Significa que no existe un objetivo o propósito último del que pueda decirse que representa la encarnación de la UE.

Abandonar la Eurozona es, por supuesto, una tarea mucho más difícil. Pero si la Eurozona hace más difícil la secesión de la UE, también tiene la ventaja de conectar con más fuerza las quejas populares con la falta de soberanía nacional. Para abandonarla se necesitaría un movimiento popular más fuerte y más estable, que tuviera menos ilusiones acerca de la magnitud de la tarea que se avecina –nada menos que un proceso de recreación nacional– y que dispusiera de mayores reservas de visión y voluntad políticas para orientarse en el conjunto del proceso. Aunque la posición de elemento extraño de Gran Bretaña dentro de la UE –su negativa a unirse a la Eurozona o a Schengen– hacía que la retirada fuera más fácil de imaginar, también era un arma de doble filo. El hecho de que Gran Bretaña se mantuviera relativamente al margen llevó a algunos votantes pro Brexit a imaginar que la retirada sería un

proceso relativamente sencillo, principalmente una cuestión jurídica y reglamentaria, más que política e ideológica. Esto quedó simbolizado por la «mariposa del Brexit» publicada en la portada de *The Spectator* del 1 de febrero de 2020, que sugería la inmaculada emergencia de una nueva entidad de la crisálida de la UE. La ingenuidad de quienes defendían el Brexit desde la óptica del libre comercio, que pensaban que la simple retirada del bloque comercial napoleónico bastaría para restaurar una nación bucanera –una huida desde la segunda era isabelina a la primera– es una prueba más de lo profundamente arraigada que ha demostrado estar la mentalidad propia del Estado-miembro.

Pero si la lucha por la soberanía democrática sigue estando en la agenda, la historia británica reciente demuestra que no hay vuelta atrás hacia el antiguo Estado-nación. Separarse de la UE no es una tarea de restauración, sino de creación. Requiere nuevas coaliciones electorales, nuevos partidos, nuevas leyes, ideas y estructuras políticas, lo cual viene dado por la lógica de la condición de Estado-miembro: este último surgió de las contradicciones del Estado-nación de posguerra en proceso de declive y lo que venga después surgirá de las contradicciones de los propios Estados-miembro. El antiguo Estado-nación ha desaparecido y las mariposas pertenecerán a una nueva especie, con nuevos diseños en sus alas.

La tercera lección que puede extraerse de un análisis del Brexit desde el punto de vista de los Estados-miembro es que el populismo no está a la altura de la tarea de separarse de la UE. Una vez más, ello se ha visto confirmado por la retirada en masa de los partidos populistas europeos en los últimos años. La condición de Estado-miembro es una consecuencia de las contradicciones internas, que requieren mediación a través de estructuras formales de representación política, lo cual es anatema para el populismo, cuya premisa básica es que bastará con eliminar a una elite cuyos valores e intereses son ajenos a los del pueblo para restablecer la armonía nacional. Esta operación está abocada al fracaso. Tal y como ha argumentado Martin Loughlin, inspirándose en Hobbes: una multitud se constituye como unidad mediante el hecho de estar representada<sup>3</sup>. Se trata de un proceso estructurado, mediado y continuo, no de un proceso que culmina espontáneamente quitándose a la elite de las espaldas del pueblo. La soberanía democrática proporciona la base para una crítica del populismo contemporáneo.

---

<sup>3</sup> Martin Loughlin, *The Idea of Public Law*, Oxford, 2003, p. 56.

En conclusión: los Estados-miembro seguirán atrapados entre su incapacidad para transformarse en una federación de pleno derecho y el hirviente descontento de las masas, que no hará sino aumentar con la profundización del actual malestar económico. Sin embargo, el Estado-miembro perdurará mientras no se ofrezca una alternativa. La rendición de los populistas ante Bruselas así lo ha demostrado. Los Estados-miembro de Europa seguirán atrapados en contradicciones insuperables. Sin embargo, si bien es cierto que hasta ahora las decisiones intergubernamentales se han presentado a las poblaciones nacionales como hechos consumados, prescritos desde arriba, es cada vez más probable que, a medida que la legitimidad de las instituciones neoliberales siga erosionándose, las decisiones alcanzadas por consenso tecnocrático intergubernamental se presenten a los votantes nacionales en forma de «interés nacional» en lugar de como medidas necesarias impuestas por la globalización o la integración europea. Esto, a su vez, generará una contradicción entre proceso y resultado, que se prestará a la lucha política. Restablecer la rendición de cuentas ante las masas exige hacer valer las reivindicaciones soberano-democráticas contra los procesos de toma de decisiones por consenso diplomático a escala supranacional. En ese sentido, puede requerir dos, tres, muchos Brexits.